

El libro de Daniel - Número ciento cincuenta y dos

El simbolismo de las dos varas de Ezequiel: un viaje a través de la profecía y la redención

Jeff Pippenger
2024-03-22

Estamos considerando la línea del capítulo treinta y siete de Ezequiel, que primeramente identifica el toque de la Séptima Trompeta y el mensaje a Laodicea, que da lugar al ejército de los ciento cuarenta y cuatro mil. Luego Ezequiel retoma y amplía esa línea al introducir la unión de los dos palos de los reinos del norte y del sur de Israel, como ilustración del proceso por el cual la Divinidad y la humanidad son unidas durante el tiempo del toque de la Séptima Trompeta. Una vez que las dos naciones se unen como una sola nación, Ezequiel señala que tienen un rey sobre ellas, y luego aborda el pacto eterno, que es el pacto realizado con los ciento cuarenta y cuatro mil, a la vez que enfatiza que ese pueblo del pacto de los postreros días tendría el santuario de Dios en medio de ellos por la eternidad.

Hemos añadido a esa línea la obra de Juan al medir el templo en 1844, tipificando así la medición final que comenzó el 11 de septiembre de 2001. Esa medición también es abordada por Zacarías, quien señala que la medición tiene lugar cuando Dios vuelve a escoger Jerusalén como la ciudad para poner Su nombre. Estamos trazando un símil entre los elementos que constituyen el templo y los dos palos de los reinos del norte y del sur de Israel. La obra de Cristo al unir Su Divinidad con la humanidad de los ciento cuarenta y cuatro mil está representada en las dos profecías de los dos mil quinientos veinte años de dispersión impuesta sobre los reinos del norte y del sur, en conjunción con la profecía de dos mil trescientos años.

Para identificar qué representan las varas de Ezequiel en la obra del evangelio se requiere una comprensión básica del evangelio. Cristo asumió nuestra carne caída tras cuatro mil años de debilidad heredada, transmitida a Él por medio de María. Como nuestro Ejemplo, demostró que, al ejercer Su voluntad y someterla a la voluntad de Su Padre, podemos vencer como Él venció, ejerciendo nuestra voluntad en sujeción a la Suya. Nuestra voluntad se emplea, para bien o para mal, en nuestro cerebro, que es la ciudadela del alma.

Al estudiante que desea concentrar el trabajo de dos períodos en uno no se le debería permitir actuar a su manera en este asunto. Empezar el doble de trabajo significa, para muchos, una sobrecarga de la mente y el descuido del ejercicio físico adecuado. No es razonable suponer que la mente pueda captar y digerir un exceso de alimento mental, y es un pecado tan grande sobrealimentar la mente como sobrecargar los órganos digestivos, sin dar al estómago períodos de descanso. El cerebro es la ciudadela de todo el ser, y los malos hábitos de comer, vestir o dormir afectan el cerebro e impiden alcanzar aquello que el estudiante desea—una buena disciplina mental. Cualquier parte del cuerpo que no sea tratada con consideración telegrafiará su lesión al cerebro. Debería ejercerse mucha paciencia y perseverancia al instruir a los jóvenes

sobre cómo preservar su salud. Deberían estar bien informados en este asunto, para que cada músculo y órgano sean fortalecidos y disciplinados de tal manera que, tanto en la acción voluntaria como en la involuntaria, se obtenga la mejor salud, y el cerebro se vigorice para soportar las exigencias del estudio. Educación cristiana, 124.

La obra del pacto eterno es escribir la ley de Dios en nuestros corazones y nuestras mentes, y tanto el corazón como la mente se encuentran en la "ciudadela de nuestras almas", que es nuestro cerebro.

La mente de un hombre o de una mujer no desciende en un instante de la pureza y la santidad a la depravación, la corrupción y el crimen. Se necesita tiempo para transformar lo humano en lo divino, o para degradar a aquellos formados a imagen de Dios hasta lo brutal o lo satánico. Por contemplar somos transformados. Aunque fue formado a imagen de su Hacedor, el hombre puede educar su mente de tal manera que el pecado que antes aborrecía llegue a serle agradable. Al dejar de velar y orar, deja de guardar la ciudadela, el corazón, y se entrega al pecado y al crimen. La mente se envilece, y es imposible elevarla de la corrupción mientras se la educa para esclavizar las facultades morales e intelectuales y someterlas a pasiones más groseras. Debe mantenerse una guerra constante contra la mente carnal; y debemos ser ayudados por la influencia refinadora de la gracia de Dios, la cual atraerá la mente hacia lo alto y la habituará a meditar en cosas puras y santas. El hogar adventista, 330.

La "mente", el "corazón" y el "cerebro" son la "ciudadela del alma". Una ciudadela es una fortaleza que debe ser protegida contra la entrada del pecado.

"En Su oración al Padre, Cristo dio al mundo una lección que debería quedar grabada en la mente y en el alma. 'Esta es la vida eterna,' dijo, 'que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.' Juan 17:3. Esta es la verdadera educación. Imparte poder. El conocimiento por experiencia de Dios y de Jesucristo, a quien Él ha enviado, transforma al hombre a imagen de Dios. Le da al hombre el dominio de sí mismo, llevando todo impulso y pasión de la naturaleza inferior bajo el control de las facultades superiores de la mente. Hace de su poseedor un hijo de Dios y un heredero del cielo. Lo introduce en comunión con la mente del Infinito y le abre los ricos tesoros del universo." Parábolas de Jesús, 114.

Los "poderes superiores" deben emplearse para controlar y someter los "impulsos y pasiones de la naturaleza inferior". Los poderes superiores se encuentran en la mente, y es la "comunión con la mente del Infinito" la que "transforma al hombre a imagen de Dios". En el tiempo del sellamiento de los ciento cuarenta y cuatro mil, la imagen de la bestia se forma en una clase y la imagen de Cristo en la otra. Lo que realiza la transformación es la conexión de las mentes. Los que tienen una mente carnal o de la carne, como la identifica Pablo, forman la imagen de la carne—la bestia. Los que han alcanzado la mente de Cristo forman la imagen de Cristo. La promesa del pacto es que podemos alcanzar la mente de Cristo en la conversión, aunque todos nacimos con una mente carnal.

Haya en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús: el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse; sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de

hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.
Filipenses 2:5-8.

Debemos tener en nosotros la mente de Cristo, como también estaba en Cristo, porque fuimos creados a su imagen. Pero no tenemos esa mente, tenemos una mente carnal, vendida al pecado.

Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Pues lo que la ley no pudo hacer, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su propio Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne, para que la justicia de la ley se cumpla en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte; pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios, porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden. Así que, los que están en la carne no pueden agradar a Dios. Pero vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Y si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, pero el Espíritu es vida a causa de la justicia.
Romanos 8:1-10.

Vivir según el Espíritu es vida, y vivir según la carne es muerte. La carne es la naturaleza inferior; es la fuente de nuestros sentimientos. La naturaleza carnal inferior debe ser gobernada por la naturaleza superior, lo cual se logra mediante el ejercicio de nuestra voluntad en sujeción al Espíritu Santo. Nuestras mentes carnales superiores pueden ser transformadas aquí y ahora, pero nuestra naturaleza inferior debe esperar a la Segunda Venida para ser cambiada.

Los dos palos de Ezequiel identifican un palo que se representa como el atrio, y ese palo llegó a su fin en 1798. Había sido perfectamente dividido por mil doscientos sesenta años de paganismo pisoteando a la hueste, y mil doscientos sesenta años de papado pisoteando a la hueste. Ese palo no representaba el pisoteo del santuario de Dios, porque el santuario de Dios se encontraba en el reino del sur. La hueste que fue pisoteada por el paganismo y el papado era un templo humano, pero en relación con el reino del sur era el cuerpo, y el reino del sur era donde Dios escogió colocar la cabeza. El reino del norte era el cuerpo; el reino del sur era la cabeza.

Los dos períodos de mil doscientos sesenta años del reino del norte representaban las dos diversas tendencias al pecado en el templo del cuerpo, a saber, las heredadas y las cultivadas. El paganismo era un símbolo de las tendencias heredadas al pecado en el templo del cuerpo, y la adopción, por parte del papalismo, de la religión del paganismo representa las tendencias cultivadas al pecado. En cualquier caso, el templo del cuerpo no podía ser transformado hasta la Segunda Venida; por tanto, la vara del reino del norte se extendió solo hasta 1798, y cuando a Juan se le dijo que midiera el templo, esa vara debía quedar excluida.

La palabra «conversión» significa una transformación o cambio de un estado o condición a otro. Cuando Adán y Eva pecaron, fueron «convertidos» de su estado original, pues habían sido creados

perfectos, a imagen de Dios, con las facultades superiores controlando a las inferiores. Cuando pecaron, se «convirtieron» en seres en los que las facultades inferiores tomaron ascendencia sobre las superiores. Transmitieron esa condición a todos sus descendientes.

En la figura profética de los dos palos de Ezequiel, el Señor eligió a Jerusalén para que fuera la cabeza, la capital donde residía el rey. Debía ser el poder superior. En el símil de los dos palos, el reino del sur era el poder inferior en relación con el reino superior del norte. La conversión que se representa cuando los dos palos iban a ser unidos requería que el reino del sur fuese restaurado a su posición de cabeza. Debía convertirse al reino del norte, pues entonces quedaba unido con el verdadero rey del norte y conectado con la sala del trono del verdadero reino del norte.

Por esta razón, el reino del norte solo llegaba hasta 1798, y se le dijo a Juan que dejara fuera el atrio, que solo llegaba hasta 1798. El reino del sur se uniría a la vara de los dos mil trescientos años con la llegada del tercer ángel, pero el reino del norte terminaría cuando se consumara la combinación de la divinidad y la humanidad dentro de los dos compartimentos del templo que Juan entonces midió. El reino del norte estaba conectado por el vínculo de cuarenta y seis con el reino del sur, con la llegada del tercer ángel, pero no se conectó directamente con 1844, como sí lo hizo el reino del sur.

El reino del sur estaba vinculado tanto al templo de cuarenta y seis años como a la combinación de la divinidad con la humanidad representada por los doscientos veinte años. El reino del norte, en 1798, marcó los cimientos del templo de cuarenta y seis años, pero allí concluyó, porque, en cuanto cimiento, representaba la carne que Cristo había tomado sobre sí, y su carne fue inmolada desde la fundación del mundo. Todos los templos son símbolos intercambiables, y el fundamento de los cuarenta y seis años en 1798 identifica su carne humana, y la conclusión de esos cuarenta y seis años en 1844 identifica su Divinidad.

La hueste que fue pisoteada hasta 1798 no era el santuario de Dios, aunque el santuario de Dios fue representado como siendo pisoteado en ese período de tiempo; pero ese pisoteo se estaba llevando a cabo en el reino del sur, donde Dios había escogido Jerusalén para colocar Su santuario y Su nombre. La hueste que había sido pisoteada representaba a los gentiles; representaba al cuerpo.

Cuando Adán y Eva pecaron, comenzaron los "siete tiempos" de siete mil años de la humanidad pisoteada por el pecado. En ese momento, el Cordero que fue inmolado desde la fundación del mundo proveyó pieles de cordero para cubrir la desnudez pecaminosa de la humanidad. Cuando el pisoteo de la humanidad concluyó en 1798, el Cordero, que es el fundamento y edificador de toda representación santificada de un templo, fue nuevamente inmolado. Allí terminaron el reino del norte y el templo humano representado en él.

1798 fue cuando el anticristo de imitación fue muerto, después de haber dado su testimonio satánico durante tres años y medio proféticos, que comenzaron con su investidura en el año 538, la cual fue precedida por treinta años de preparación que empezaron en el año 508. Eso fue una falsificación satánica de los treinta años de preparación de Cristo, que comenzaron en Su nacimiento y concluyeron con Su investidura, cuando Él fue bautizado, y después Él dio Su testimonio durante tres años y medio literales hasta llegar al momento en que el Cordero inmolado

desde la fundación del mundo fue crucificado. Entonces se cumplió Su promesa de que, una vez destruido el templo, Él lo levantaría en tres días.

Él sería quien levantaría el templo de su cuerpo, pues fue el poder de su divinidad el que llevó a cabo la resurrección, porque su divinidad no murió en la crucifixión; fue su humanidad la que murió en la cruz, ya que es imposible que Dios muera.

"Yo soy la resurrección y la vida" (Juan 11:25). Aquel que había dicho: "Yo pongo mi vida, para volverla a tomar" (Juan 10:17), salió del sepulcro por la vida que tenía en sí mismo. La humanidad murió; la divinidad no murió. En su divinidad, Cristo poseía el poder para romper las ataduras de la muerte. Él declara que tiene vida en sí mismo para vivificar a quien Él quiere. Mensajes seleccionados, libro 1, 301.

En 1798, el templo humano, morada del "reino del norte", llegó a su fin, pues, como símbolo de la naturaleza inferior, no podía ser cambiado hasta la resurrección en la Segunda Venida. Sin embargo, sí identificó el fundamento de los cuarenta y seis años cuando Cristo levantó el templo que podía ser transformado, representado por el "reino del sur", que era un símbolo de las facultades superiores de la mente, la cual se transforma en el momento en que un pecador es justificado.

Sobre el fundamento que el mismo Cristo había puesto, los apóstoles edificaron la iglesia de Dios. En las Escrituras se usa con frecuencia la figura de la edificación de un templo para ilustrar la edificación de la iglesia. Zacarías se refiere a Cristo como el Renuevo que edificará el templo del Señor. Habla de los gentiles como colaboradores en la obra: "Los que están lejos vendrán y edificarán en el templo del Señor"; e Isaías declara: "Los hijos del extranjero edificarán tus muros". Zacarías 6:12, 15; Isaías 60:10.

"Al escribir acerca de la edificación de este templo, Pedro dice: 'Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, pero para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptables a Dios por medio de Jesucristo.' 1 Pedro 2:4, 5."

En la cantera del mundo judío y gentil, los apóstoles trabajaron, sacando piedras para colocarlas sobre el fundamento. En su carta a los creyentes de Éfeso, Pablo dijo: "Así que ya no son extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y de la familia de Dios; y están edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo Jesucristo mismo la piedra angular principal; en quien todo el edificio, bien ensamblado, crece para ser un templo santo en el Señor; en quien también ustedes son juntamente edificados para ser morada de Dios por medio del Espíritu." Efesios 2:19-22.

Y a los Corintios les escribió: 'Conforme a la gracia de Dios que me fue dada, yo, como perito arquitecto, puse el fundamento, y otro edifica encima. Pero cada uno mire cómo edifica sobre él. Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. Y si sobre este fundamento alguno edifica oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno será manifiesta; porque el día la declarará, pues por fuego será revelada; y el fuego probará la obra de cada uno, cuál sea.' 1 Corintios 3:10-13.

Los apóstoles edificaron sobre un fundamento seguro, la misma Roca de los siglos. A este fundamento trajeron las piedras que sacaron del mundo. No sin obstáculos trabajaron los constructores. La oposición de los enemigos de Cristo hizo sumamente difícil su labor. Tuvieron que contender contra el fanatismo, el prejuicio y el odio de quienes edificaban sobre un fundamento falso. Muchos de los que trabajaron como constructores de la iglesia podrían compararse con los edificadores del muro en los días de Nehemías, de quienes está escrito: «Los que edificaban en el muro, y los que acarreaban, y los que cargaban, cada uno con una de sus manos trabajaba en la obra, y con la otra tenía un arma». Nehemías 4:17. Hechos de los Apóstoles, 595, 596.

Continuaremos este estudio en el próximo artículo.

La caída del hombre llenó de tristeza todo el cielo. El mundo que Dios había hecho estaba asolado por la maldición del pecado y habitado por seres condenados a la miseria y a la muerte. No parecía haber ninguna escapatoria para los que habían transgredido la ley. Los ángeles dejaron de entonar sus cantos de alabanza. En las cortes celestiales había luto por la ruina que el pecado había causado.

El Hijo de Dios, el glorioso Comandante del cielo, se compadeció de la raza caída. Su corazón se conmovió con infinita compasión cuando las desdichas del mundo perdido se alzaron ante Él. Pero el amor divino había concebido un plan mediante el cual el ser humano pudiera ser redimido. La ley de Dios quebrantada exigía la vida del pecador. En todo el universo solo había uno que pudiera, en favor del hombre, satisfacer sus exigencias. Puesto que la ley divina es tan sagrada como el mismo Dios, solo uno igual a Dios podía hacer expiación por su transgresión. Nadie sino Cristo podía redimir al hombre caído de la maldición de la ley y devolverlo a la armonía con el cielo. Cristo tomaría sobre sí la culpa y la vergüenza del pecado—pecado tan ofensivo a un Dios santo que tenía que separar al Padre y a su Hijo. Cristo descendería a las profundidades de la miseria para rescatar a la raza arruinada.

Ante el Padre intercedió en favor del pecador, mientras la hueste celestial aguardaba el resultado con una intensidad de interés que las palabras no pueden expresar. Mucho tiempo duró aquella misteriosa comunión—"el consejo de paz" (Zacarías 6:13)—en favor de los hijos caídos de los hombres. El plan de salvación había sido trazado antes de la creación de la tierra; porque Cristo es "el Cordero inmolado desde la fundación del mundo" (Apocalipsis 13:8); sin embargo, fue una lucha, aun para el Rey del universo, entregar a su Hijo para que muriera por la raza culpable. Pero "de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna". Juan 3:16. ¡Oh, el misterio de la redención! ¡El amor de Dios por un mundo que no lo amó! ¿Quién puede conocer las profundidades de ese amor que "sobrepasa el conocimiento"? Por los siglos sin fin, las mentes inmortales, procurando comprender el misterio de ese amor incomprensible, se maravillarán y adorarán.

"Dios había de manifestarse en Cristo, 'reconciliando consigo al mundo'. 2 Corintios 5:19. El hombre se había degradado tanto por el pecado que le era imposible, por sí mismo, entrar en armonía con Aquel cuya naturaleza es pureza y bondad. Pero Cristo, después de haber redimido al hombre de la condenación de la ley, podía impartir poder divino para unirse al

esfuerzo humano. Así, mediante el arrepentimiento para con Dios y la fe en Cristo, los hijos caídos de Adán podrían una vez más llegar a ser 'hijos de Dios'. 1 Juan 3:2." Patriarcas y Profetas, 63, 64.